

cuando escribíamos nuestros primeros poemas adolescentes, que estábamos aprendiendo un oficio tan comprometedor, imaginábamos que las palabras nos conducirían a las crisis de la conciencia, a la vergüenza o a la soledad, al espanto o a la calumnia? Hoy nos preside Jorge Edwards, un calumniado. Su imaginativo libro *Persona non grata* (era un libro imaginativo por cuanto relataba las sombras y las ocultaciones de lo real) fue recibido con la moderada fraternidad con que se recibe a la peste. Para la fecha en que apareció la primera edición, a finales del año 1973, la arrogancia cubacentrista, la represión ideológica universal dictada desde La Habana, la condición ridículamente sagrada de una revolución que excomulgaba e insultaba a sus críticos e incluso a sus matizadores, ya no eran asuntos secretos. Nadie desconocía que la fruta ideologicorrevolucionaria había comenzado a pudrirse mediante el acoso de la intolerancia, la obediencia, el miedo y el hastío. Ya Castro había otorgado su bendición en 1968 a la invasión de Checoslovaquia por los tanques del Pacto de Varsovia. Ya en la UNEAC y en la noche del 29 de abril de 1971 una ceremonia microestalinista había sentenciado que a los intelectuales sólo cabe calificarlos como obedientes o traidores. En ese contexto, el contexto real, ¿era inimaginable un libro como *Persona non grata*,* por lo demás tan discreto en la crítica, tan apacible en la expresión? Ahora pensamos: lo imaginable hubiera sido esperar que ese libro hubiera encontrado un espacio de reflexión sensata. Ocurrió lo contrario: irreflexión e insensatez, condimentados con insultos, desgarramientos de vestiduras, amenazas, embustes y calumnias. ¿Qué motivó una reacción tan poco sosegada? Imaginarlo es muy sencillo: quienes en 1971, e incluso en 1968, ya habían resuelto que Jorge Edwards era un agente de la CIA, carecían de imaginación ahora, en 1973 y 1974, para encontrar una calumnia más estremecedora aún y más esplendorosa, y esa impotencia les volvía inimaginablemente desasosegados. Si ya hacia años que Edwards era un leproso, un imaginativo repugnante, ¿cómo denominarlo ahora, qué añadir al ya ajado insulto? Se optó por acusarlo precisamente de imaginativo. En consecuencia, se decretó que Edwards no había visto en La Habana lo que según su libro sí había visto en La Habana, no había vivido lo que sí había vivido, no había oído lo que sí había oído. Todo eran imaginaciones (generalmente se agregaba un adjetivo escasamente

imaginativo: calenturientas). Las páginas de *Persona non grata* estaban, pues, ensuciadas por una imaginación calenturienta, con lo cual la realidad que en ellas se nombraba volvía a ser imaginaria, regresaba a su ocultación. Los avestruces deberían aprender de los comisarios políticos. Avestruces parlantes o cejjuntamente callados enterraban su ejemplar de *Persona non grata* y, tras esa candorosa prestidigitación, la revolución volvía a ser el único destino de Latinoamérica, las fotos de Fidel volvían a ser el icono supremo, el hombre nuevo rejuvenecía desde el fondo de su desmoronado mausoleo, el objetivo volvía a ser el de convertir a toda Iberoamérica en un vasto Vietnam en castellano y portugués como paso previo a la revolución planetaria sin exclusión de Angola y, en fin, los intelectuales volvían a ser realistas compañeros o imaginativos traidores. No traidores de cualquier tipo, sino traidores que creían ser vigilados por los micrófonos ocultos. Qué disparate, qué enorme prueba de paranoia: micrófonos ocultos en La Habana, quién podría aceptar sin náuseas semejante difamación. De modo que *Persona non grata*, al ser el producto de un paranoico, que encima era demócrata por si necesitase más leña en la hoguera de su condenación, probaba que no había que fiarse jamás de los intelectuales que no obedeciesen de manera rotunda las consignas de Castro, y aún mucho menos de los escritores que en sus libros escribiesen la palabra micrófono: éstos eran los peores. Así quedó zanjado el acto de coraje moral de Jorge Edwards. Aquel que había, como tantísimos otros intelectuales hispanoamericanos, europeos, asiáticos, africanos, norteamericanos e incluso canadienses, sufrido durante un tiempo la esquizofrenia de desear la justicia social y la dignidad humana junto a la fascinación hacia una revolución pronto convertida en una dictadura, no era ya sino un mero paranoico que veía micrófonos que, precisamente, se caracterizan porque no se ven, ya que suelen estar maravillosamente ocultos. Al estar ocultos, no existían. Y con los micrófonos, todo el malestar de la Isla: no se veía, luego era un malestar inexistente. El aplauso de Castro a la invasión de Checoslovaquia tampoco existía. Los sucesos inconvenientes —prisiones, auto-críticas, miedos, humillaciones— no existían: era mor-

* Jorge Edwards: *Persona non grata*. Turquets Editores, Barcelona, 1991.

talmente necesario que Cuba continuase siendo el faro de la felicidad, el santuario de la revolución, el azote del imperialismo. Es por eso por lo que los lectores terminantes de *Persona non grata* consideraron imaginarias, blancas, inexistentes, las páginas finales del libro, el llamado «Epílogo parisino»: en esas páginas se describían, en octubre de 1973, los hechos politicofinancieros, militares y policíacos que habían finalmente tejido el golpe de Pinochet contra el gobierno de Salvador Allende tan sólo mes y medio antes. ¿Acaso tenía derecho Jorge Edwards a enfrentarse a una dictadura de derecha tras haberse enfrentado a una dictadura revolucionaria? No, evidentemente. ¿O imaginaba Edwards que terminar su libro con una condena del fascismo le daba derecho al perdón por el desafortunado pecado de no ser obediente a una revolución que ya era puramente imaginaria? ¿Imaginaba Edwards que sería de recibo una imaginación como la suya que se obstinaba en mostrar hechos reales que todo el mundo conocía, pero que tenían la obligación de ser imaginarios? Si Lenin mismo y redivivo, con *Persona non grata* en una mano, hubiera pronunciado levantando el índice de su otra mano en enero de 1974 aquella ilustre frase según la cual «los hechos son testarudos», los lectores inimaginables pero sumamente reales y sumamente testarudos de/contra Jorge Edwards habrían acusado a Vladimir Lenin de ser agente de la CIA. ¿Alguna vez, cuando firmábamos nuestro primer manifiesto político antiautoritario, habríamos podido imaginar a Lenin militando en la CIA? Bien raro nuestro oficio. E incómodo. Quien se lo tome en serio, en algún instante de su vida, antes o después, alcanzará el enojoso orgullo de ser persona non grata. Edwards puede estar orgulloso: muchos de sus lectores continúan enojados con él. Lo que quiere decir que alcanzó a escribir un libro aproximadamente imperecedero. Lo cual tampoco resulta aconsejable.

Félix Grande

El tiempo en el cuento hispanoamericano

El tiempo en el cuento hispanoamericano¹ es un libro único en su género. Y lo es por dos razones. Primero, porque es una antología triple: antología de ficción, antología de crítica y antología de teoría sobre el uso del tiempo en la narrativa, además de incluir el ya clásico e imprescindible texto de Cortázar «Algunos aspectos del cuento». En segundo lugar es único porque, siendo el aspecto temporal un elemento tan rico y tan ampliamente explotado en la actual narrativa breve latinoamericana, ha sido poco estudiado. Existen innumerables antologías de cuentos, pero ninguna —hasta donde sé— que agrupe los textos bajo el rubro «tiempo». La gran mayoría agrupa los cuentos los siglos: *Antología del cuento del siglo XX*, o por países: *Antología del cuento argentino*, *Antología del cuento mexicano*.

Si hablamos de temas, existen también algunas: *Antología de cuentos de terror*; *Antología del cuento fantástico*; *Antología del cuento erótico*; *Antología del cuento policíaco*, por citar algunas.

Antologías sobre «El tiempo en el cuento» podría haber veinte —por decir una cifra— sin repetirse en absoluto. Siempre hay alguien que hace algo original y nove-

¹ El tiempo en el cuento hispanoamericano. *Antología de ficción y crítica. Estudio preliminar, selección y bibliografía de Samuel Gordón*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1989, 248 p. (Biblioteca de Letras).

doso. Samuel Gordon ha sido el primero en aventurarse en este «espinoso» tema del tiempo.

La única objeción que pondría al título sería no agregar el subtítulo *Borges, Carpentier, Cortázar*, puesto que al leer *El tiempo en el cuento hispanoamericano*, más de un lector pensaría en encontrar relatos de —por lo menos— quince países. Y no es así, puesto que sólo se estudian tres escritores: dos argentinos y un cubano. Sin embargo, esto no es una deficiencia. Toda antología revela los gustos de su recopilador. Gusto exquisito en este caso, puesto que los tres autores antologados son las cumbres más elevadas en cuanto al tratamiento del tema se refiere.

La antología abre con una breve pero sustanciosa introducción que nos habla del tiempo como un aspecto difícil de definir clara y satisfactoriamente. Se aborda el problema multidisciplinariamente: El tiempo en Literatura, en Filosofía, en Física. Se habla del novedoso desarrollo que ha tenido el género en Hispanoamérica en los últimos años, sobre todo a partir de 1842, momento en que Edgar Allan Poe, al comentar un volumen de narraciones de Nathaniel Hawthorne, comenta —con tres palabras—² que el género que se presta más a una mayor experimentación es seguramente el cuento en prosa.

Esta introducción finaliza con una original y fascinante reflexión: «... un continente como el nuestro, entre europeo y criollo, entre indígena y mestizo, ¿tiene particularidades y peculiaridades de concepción cultural en su visión temporal de la narrativa?»³

Esta pregunta crea toda una gama de posibilidades. Nos abre la puerta hacia nuevos enfoques de nuestros estudios literarios, hacia diversas reflexiones teóricas con respecto a nuestra propia narrativa; nos invita a estudiar comparativamente los cuentos hispanoamericanos frente a los creados en otros idiomas y regiones geográficas. Quizá podría motivar a algún crítico a desarrollar un nuevo método de análisis que tome como punto de partida precisamente nuestras «particularidades y peculiaridades» geográficas, históricas, sociales y culturales. Y, ¿por qué no? También abre la puerta al surgimiento de nuevas antologías sobre el uso del tiempo en nuestra rica y próspera narrativa hispanoamericana.

La antología está dividida en seis secciones:

1. TIEMPO LINEAL CON PLIEGUES Y ALTERNANCIAS. Esta sección está integrada por «El sueño de la

mariposa», de Chuang-Tzu; «La noche boca arriba», de Julio Cortázar y un estudio de idéntico título de Edelweis Serra.

2. TIEMPO LINEAL CON CONTRACCIONES Y DISTENDIMIENTOS. Incluye el «Ejemplo XI» del *Conde Lucanor*, «El brujo postergado» —versión borgeana del mismo relato, «El milagro secreto» de Jorge Luis Borges, el estudio «El año instantáneo de Hladik», de Pedro Ramírez Molas y el estudio «El milagro secreto», de Donald L. Shaw.

3. TIEMPO CICLICO. Agrupa los textos «Continuidad de los parques», de Julio Cortázar, el estudio «Julio Cortázar en los mundos comunicantes», de Oscar Hahn; «Las ruinas circulares», de Jorge Luis Borges y el comentario «Las ruinas circulares», nuevamente de Donald L. Shaw.

4. TIEMPO REGRESIVO. Sección que yo dividiría en dos. La primera estaría formada por «Viaje a la semilla», de Alejo Carpentier y los dos estudios que acompañan al cuento: «Reflexiones sobre 'Viaje a la semilla', de Alejo Carpentier», de Renaud Richard, y «Viaje a la semilla», de Pedro Ramírez Molas. En otra sección titulada probablemente *TEORIA SOBRE EL TIEMPO Y EL CUENTO EN HISPANOAMERICA* agruparía las reflexiones «Problemática del tiempo y del idioma en la novela latinoamericana», de Alejo Carpentier, «Algunos aspectos del cuento», de Julio Cortázar y el excelente e inasequible ensayo «La desintegración del tiempo» de Ana María Barrenechea.

Con los cuentos antologados no se agota el tema. De ninguna manera. Incluso podemos hablar de otras modalidades. «Tiempo simultáneo», «Tiempo fuera del tiempo», por citar algunas. Hay muchos relatos que se quedaron en el tintero. Dentro de los cuentos que yo incluiría en mi propia antología sobre el tiempo en el cuento hispanoamericano están: «La autopista del sur», «El río», «Una flor amarilla», «La isla a mediodía», «El perseguidor», de Julio Cortázar; «La espera» y «El examen de la obra de Herbert Quain», de Borges; «Guerra del tiempo», de Carpentier; «La historia según Pao Cheng», de Salvador Elizondo; «Un alma pura», de Carlos Fuentes; «Lección de cocina», de Rosario Castellanos; «No se asombre, sargento», y «Vientooo», de Eraclio Zepeda; «La semana de colores», de Elena Garro. No menciono más por no abrumar.

² Vid. *Introducción*, p. 20.

³ El tiempo en el cuento hispanoamericano, p. 22.